

LA SEMANA SANTA EN GUIPUZCOA: HONDARRIBIA Y SEGURA

ANTXON AGUIRRE SORONDO

El carácter serio y poco dado a la extraversión del vasco influye, como es natural, en todos los aspectos de su vida, tanto en su dimensión privada como pública. Esto, a nuestro entender, se manifiesta paladinamente en el modo como celebran sus fiestas en general, y en particular las religiosas. Si en otras latitudes aflora la emoción y las pasiones se desbordan con incontenible fervor —a menudo en el más puro estilo pagano, aun sin cuestionar su sincera religiosidad—, en la vieja Vasconia todo parece asimilado hacia los adentros, con una sensibilidad rara vez exteriorizada; podría decirse que el «espejo del alma» aquí lo es menos, o mejor, es más sutil.

Si bien nos atrae la idea de acometer algún día el estudio global de la Semana Santa en tierras vascas, las limitaciones nos obligan hoy a centrarnos en dos casos concretos, y ciertamente peculiares, del territorio guipuzcoano: los rituales de Hondarribia y Segura.

Aunque a muchos les vence el deseo de encontrar diferencias, particularidades entre los signos antropológicos de unas y otras comunidades, como si en ellas estribara cualquier valor definitorio de un pueblo, una cultura o una etnia, parece necesario recordar que todos los colectivos tienen más puntos de coincidencia que diferencias y que éstas, aun siéndolo, nunca representan los fundamentos de un sustrato cultural radicalmente divergente. Y esto lo subrayamos para no desilusionar a nadie, pues la singularidad de los casos que exponemos se incluyen dentro de la riqueza de nuestra península en tradiciones de Pasión, por más que todas puedan parecer, a ojos de un espectador distanciado, semejantes.

HONDARRIBIA

Se conoce la existencia del ritual de Semana Santa en Hondarribia, tal

como hoy se ejecuta, desde el año 1602.

El Viernes Santo, a las 5 de la tarde, tienen lugar los actos litúrgicos en la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción y del Manzano, con la representación en el presbiterio del auto sacramental del Descendimiento. La representación se inicia con la salida de diecinueve soldados desde los soportales del Ayuntamiento para, al son de una antiquísima marcha cadenciosa y solemne, dirigirse a la Iglesia, ubicada en el extremo de la calle Mayor. Van engalanados con casco, faldilla de malla, cinturón y polainas. Dos jefes marcan el paso con golpes de espada sobre el escudo —mientras los demás hacen chocar la lanza contra el suelo—, y una vez en el interior del templo ambos se sitúan cerca del altar. Allí se escenifica el Descendimiento de Cristo de la cruz. La imagen del Cristo articulado y la cruz fueron regaladas a la villa el año 1777 por fray Jerónimo de Estella. Tras esto, en un impresionante silencio, se retiran la corona de espinas, la inscripción de la cruz y los clavos, y se introduce el cuerpo en un ataúd de cristal cubierto con un vaporoso velo de gran hermosura. Finalizada la vigilia, hacia las 6 de la tarde, partiendo desde la misma parroquia lenta y silenciosamente, recorren sus viejas calles los siete pasos con imágenes datadas de entre los siglos XIV y XVII. Es la conocida «Procesión del Silencio».

Los pasos de la procesión, portados por cuarenta y dos hombres que heredan este honor de padres a hijos, han sido durante muchos meses arreglados y vestidos por mujeres de la villa. Entre las doscientas veintisiete personas que invariablemente intervienen, nunca faltan los doce apóstoles, encarnados por viejos pescadores o labradores del pueblo que otorgan al conjunto un aspecto de digna religiosidad popular. A ellos se suman los diversos cofrades de penitencia y los característicos

«Jaungoiko Guardatzaliak» (literalmente: Guardianes del Señor) que representan a diecinueve centuriones romanos. La procesión sigue este orden: la Cruz alzada abre la comitiva flanqueada por los ciriales; el Paso de la Oración del Huerto a hombros de seis hombres —a la que acompañan los apóstoles, vestidos con togas y túnicas, y portando cada uno su correspondiente símbolo identificador en la mano: San Pedro con sus llaves, San Andrés una cruz en aspa, Santiago el Mayor un bordón de peregrino, San Juan un cáliz, Santo Tomás una vara o escuadra, Santiago el Menor un libro, San Mateo una pica, San Simón una sierra, San Tadeo una palma, San Matías un hacha, San Bartolomé un libro y una cuchilla y San Felipe una cruz latina—; el Paso de Jesús, atado en la columna y en compañía de una escuadra de romanos; el Paso de la Verónica; el Paso de Cristo con la cruz a cuestras o del Nazareno; el Cristo crucificado llevado por ocho hombres y su correspondiente escuadra de romanos; el Paso de Santa María Magdalena; el Paso de San Juan; el del Cristo Yacente o del «Sepulcro», protegido por otro grupo de romanos; el Paso de la Dolorosa o la Virgen de la Soledad, vestida con preciosa túnica de negro y oro, con su guardia de romanos; y tras ella el clero, las autoridades y la banda de música de la villa cierran el impresionante desfile. El coro parroquial se sitúa en lugares estratégicos para cantar algunas piezas al paso del cortejo. Cuatro costaleros conducen cada paso, excepto los seis del primero y los ocho del Crucificado.

Tras el recorrido se retorna de nuevo a la iglesia parroquial para proceder al «Entierro de Cristo». Con el cántico del «Zutik gurutze ondoan» (de pie todos junto a la cruz) terminan las ceremonias del Viernes Santo.

Miles de personas asisten de principio a fin, pues su fama viene de lejos. Ya otrora presenciaron este Santo Entierro personalidades del abuelo de la reina Victoria de Inglaterra, el rey Eduardo VII con el príncipe Alberto de Prusia o figuras populares como André Citroën acompañado del pintor Ignacio Zuluaga o el barón de Rostchild. Para que los forasteros de postín pudieran contemplar los pasos desde atalaya privilegiada, los lugareños solían alquilar sus balcones.

Antes del Concilio Vaticano II y su reforma ritual, los jueves se celebraba también una procesión urbana en la que salían los pasos de Jesús en el Huerto, Jesús atado a la columna, la Verónica, el Nazareno y la Virgen

Dolorosa. También en esa época, el viernes por la mañana se cantaba la Pasión en latín a cargo de tres sacerdotes y se descubría la parte superior de una cruz colocada al efecto en el altar, mientras que todas las figuras de la iglesia permanecían cubiertas hasta la Resurrección. Tras esto, los sacerdotes adoraban la cruz, luego lo hacía el alcalde —que colocaba a los pies su bastón de mando— y finalmente el resto de autoridades y la feligresía. Con el traslado del Santísimo hasta el centro del altar terminaban los actos matinales. Por la tarde del mismo viernes se llevaba a cabo el Descendimiento de la cruz y posteriormente la procesión vespertina, como en la actualidad.

SEGURA

El impacto que en la mentalidad popular antaño producía el misterio de la Semana Santa, con toda su significación, era mucho más fuerte de lo que desde nuestra perspectiva actual podemos imaginar. Sirvan como ejemplo tres prácticas hasta hace poco muy arraigadas en la guipuzcoana localidad de Segura que trascienden la simple interpretación espiritual. El Jueves Santo se desgranaba siempre el maíz para la sembradura, ya que se creía que los parásitos ese día no atacaban al grano. También desde que tañían las campanas al mediodía del Jueves Santo anunciando la muerte de Cristo hasta que volvían a sonar el Sábado de Gloria (festividad que se celebraba el sábado y no como ahora el domingo), se mantenían en los caseríos las puertas y ventanas herméticamente cerradas pues se decía que el diablo —«DEABRUE»— andaba suelto, aprovechando que durante ese tiempo Cristo permanecía preso (por muerto). Otra costumbre singular era que los vecinos de Segura pusieran semillas en el alféizar de sus ventanas entre el Jueves Santo al mediodía hasta el sábado, a fin de purificarlas.

La Semana Santa «popular» se iniciaba en esta villa el Miércoles Santo con el rito llamado «Barrabás Jotzea» (golpear a Barrabás). A las 5 de la tarde tenía lugar el canto de los maitines vespertinos, también designado «Oficio de Tinieblas» porque durante su celebración permanecía la iglesia sólo iluminada por las dieciséis velas de un candelabro triangular, correspondientes al mismo número de salmos de las lamentaciones proféticas, velas que se iban apagando a cada salmo durante la ceremonia (que duraba unos 90 mi-



Semana Santa en Segura.

nutos) hasta que la oscuridad se hacía total. En ese momento entraban todos los chavales del pueblo (de edad inferior a los 12 ó 13 años) en la nave y, colocándose en semicírculo frente al altar mayor, provisto cada uno con un martillo o mazo, golpeaban el suelo con todas sus fuerzas mientras gritaban más que cantaban la siguiente letrilla:

«¡¡¡BARRABAS, BI BOLIN, JUDAS, SATANAS, POLTXERO, DIRURIK EZ ETA LOTZERO, JO, KO, NAIKOA JO!!!»

Cuya traducción aproximada sería: «¡¡¡BARRABAS, DOS DINERITOS (lo interpretamos así ya que «bolo» era el dinero que acostumbraban arrojar los padrinos a la salida del bautizo), JUDAS, SATANAS, BOLSERO (amigo de la bolsa), SIN DINERO Y DESVENGONZADO, GOLPE, YA ES SUFICIENTE GOLPE!!!»

Como decía mi informante Laureano Tellería, que participó de crío muchas veces en este ritual, para los chavales era como golpear al propio Barrabás. De suerte que algunos ya horas antes, cuando se reunían en el frontón de la villa a ensayar (al igual que lo hacían los «txistularis» y el coro), rompían sus mazos de la energía que imprimían a sus descargas.

Este ritual fue suprimido tras la renovación litúrgica conciliar.

Hasta el año 1722 se celebraba una sola procesión en la noche del Jueves Santo, mientras que las primeras citas de la del Viernes Santo datan de 1724.

Bajo su actual forma, esta procesión se implantó en 1886. Don Prudencio Arrieta, a la sazón párroco de

la villa, compró por encargo algunos pasos y mandó hacer los trajes de los soldados a una casa de confecciones de París. Se cuenta que cuando el sastre leyó las medidas de los mozos, las devolvió respondiendo que estaban equivocadas, y hubo que hacer entrar en razón al francés de su veracidad, pues en efecto todos los actores sobrepasaban el metro noventa de altura (al decir del abuelo de Laureano Tellería eran «¡Gentilen neurrik!», es decir, medidas de gentiles o seres gigantes de la mitología local). Un ilustre hijo de la villa, don José María de Lardizábal, pagó el traje del centurión y la villa los de los soldados, que costaron ya entonces 2.500 pts. A título de curiosidad digamos que sólo el peto del centurión pesa catorce kilos.

Era tradición por ello que la persona que representaba al centurión se eligiera entre alguno de los inquilinos de los caseríos propiedad de Lardizábal.

Al igual que dijimos hacían los niños y los músicos, todavía hoy una semana antes de Pascua se reúnen los soldados con el centurión para efectuar algunos ensayos en el frontón del pueblo.

Los actos del Jueves Santo se inician a las 5 de la tarde con la misa de la Última Cena, a la que «txistularis» —vestidos con ropajes copiados del siglo XVI—, penitentes, nazarenos y romanos acuden juntos desde la Casa Consistorial.

Otrora era costumbre asimismo cerrar con grandes cortinones las ventanas de la iglesia el jueves a la hora de la muerte del Salvador, simulando así las tinieblas, y con pólvera y chapas se ejecutaban efectos

sonoros imitando los rayos y truenos que, según la tradición, sacudieron la tierra cuando Jesús expiró en el Gólgota.

Los cerca de veinte pasos que salían en otro tiempo se han reducido ahora a la mitad. Son sesenta y cinco costaleros que los soportan, sobre un total de más de trescientos participantes, desde párvulos hasta ancianos octogenarios (y esto en un pueblo cuyo censo no supera los 1.400 habitantes). Hay por estas fechas una frase que corre de boca en boca: «El buen seguratarra ha tenido que ser costalero.» Como en otros puntos de la piel de toro, el puesto de costalero se mantiene aquí por tradición familiar de padres a hijos. Curioso es el caso de Pedro Garaialde que sirvió de costalero durante 45 años en el paso «De los azotes» o «de la flagelación», y que cuando por imperativos de la edad tuvo que dejarlo reunía cada año por estas fechas a sus colegas costaleros para invitarles a vino y galletas.

La procesión se distribuye de la siguiente forma: Se inicia con los «Nazarenos-txikis» (Pequeños Nazarenos), niños vestidos con túnicas moradas atadas con cíngulo o cinturón blanco y una suerte de corona de espinas: portan minicruces e incluso llevan su correspondiente paso miniatura con el Niño Jesús. Les sigue el Paso de San Juan Evangelista (portado por cuatro hombres). El Ángel anunciando a Cristo su Pasión, popularmente conocido como Paso de la Oración del Huerto (el mismo número de portadores). La Flagelación (seis costaleros). El Ecce Homo (los mismos), acompañado de la escuadra romana: delante con trajes azules los dos cornetas, tras ellos el capitán o «kapitana» y dos filas de tres soldados vestidos de rojo con sus corazas brillantes, escudos y espadas (todos ellos serán obsequiados días después con una cena por su labor). Inmediatamente después, el Paso de Cristo con la Cruz a Cuestas o Jesús con el Cireneo (a hombros

de cuatro hombres). El Cristo Crucificado (seis) y algunos nazarenos con sus largos capirotos. Metros después, el coro parroquial interpreta canciones propias de estas fechas. El último tramo lo ocupan los pasos del Descendimiento (seis portadores), de Santa María Magdalena (cuatro) y por fin las autoridades religiosas y civiles, y el pueblo (en otras calendas, todas las mujeres asistían vestidas de riguroso luto).

El Viernes Santo hay función a las 4.30 de la tarde, a la que acuden en comitiva desde el Ayuntamiento al son del «lletadoña» o música de difuntos interpretada por los «txistularis», un nutrido grupo de nazarenos, penitentes, soldados romanos, coro de angelitos con San Miguel Arcángel y los cabildos eclesiásticos y municipal que presidirán los oficios en la parroquia.

Una vez finalizadas las ceremonias litúrgicas en la Iglesia y el correspondiente sermón de la Pasión, se celebra el descendimiento de una figura articulada de Cristo desde la gran cruz colocada en el altar. Para ello dos vecinos de la villa, que representan a José de Nicodemo y a José de Arimatea, se alzan sobre una escalera a lo alto de la cruz: empiezan por quitar el INRI y la corona de espinas y terminan con los clavos de manos y pies, entregando todo a un sacerdote que representa a San Juan Evangelista, el cual a su vez ofrece los instrumentos de la Pasión a la Dolorosa y al pueblo, para luego ser exhibidos en una bandeja que porta un grupo de niños ataviados de angelitos y el San Miguel Arcángel (figura especialmente querida del pueblo y encarnada por un chico de 15 años ricamente vestido, que en determinados puntos del recorrido procesional danzará una serie de pasos). El Cristo así descendido se coloca seguidamente en un ataúd de cristal y se inicia la pompa por las calles de la villa con participación, además de las figuras del Jueves Santo, del Paso del Cristo Yacente o Paso del Sepul-

PASOS	PESO (en Kgs.)	N.º COSTALEROS
San Juan	80	4
Oración del Huerto	116	4
Flagelación	215	6
Ecce Homo	240	6
El Cireneo	152	4
El Cristo	285	6
La Piedad	179	4
Dolorosa	100	4
El Sepulcro	120	4

cro, que es uno de los más antiguos que la villa conserva, acompañado por la banda de música (generalmente de la cercana Legazpia, pues Segura carece en la actualidad de banda municipal).

Al igual que en Hondarribia, tanta fama tuvo esta procesión que en otras épocas se subastaba el alquiler de los balcones de la villa para que los visitantes disfrutaran de la mejor vista.

Desde tiempo inmemorial, en las villas de Guipúzcoa había la tradición de entregar las llaves del sagrario al alcalde el Jueves Santo tras la hora de la muerte de Jesús, para que las conservara hasta el Viernes Santo. Esta costumbre sólo se mantiene hoy viva en Segura. Así, tras la ceremonia de ese día, el párroco cuelga las llaves del cuello del alcalde, quien las porta durante la procesión y hasta el viernes, en cuyo oficio, de rodillas ante el tabernáculo y custodiado por dos romanos, el primer munícipe ofrecerá al sacerdote su cuello para que las recupere.

Por el contrario, peculiar de esta villa era la postulación de los chavales vestidos de angelitos el viernes antes de la función y la procesión —en que, como queda dicho, participaban portando la bandeja con los símbolos de la Pasión— para regalarse con lo recogido una merienda.

Asimismo, el Viernes Santo el alcalde invitaba a almorzar en su casa al alguacil, al predicador —por lo general foráneo pues, como me dijo un informador, preferían confesar sus pecados con un cura que no les conociera (razón que explica en buena parte por qué para todas las «misiones» y curesmas de los pueblos se traía un predicador de fuera)—, así como al vecino que encarnar a San Miguel, a quien obsequiaban suplementariamente con un par de zapatos blancos por su trabajo.

Hoy en día se abonan 50 pesetas a cada uno de los niños nazarenos, que sumado a la cena de los romanos son los únicos gastos de las celebraciones, pues todo lo restante lo cubre el pueblo de forma voluntaria.

Hasta aquí la somera descripción de las procesiones de Semana Santa en las villas de Hondarribia y Segura. Pero pasemos a analizar lo que tienen de común y lo que se colige de sus tradiciones.

Comencemos por destacar los puntos coincidentes entre Segura y Hondarribia, y entre sus semanas santas:

— Las dos poblaciones están en zo-

nas limítrofes de la provincia, una en su extremo occidental y la otra en el oriental.

- Las dos fueron muradas y cerradas, y aún conservan parte de sus murallas.
- Las dos celebran «Auto del Descendimiento» con similar ritual.
- Ambas presentan rasgos comunes en la puesta en escena del rito: romanos, nazarenos, apóstoles, música, ataúd de cristal, etcétera.
- Tanto para los hondarribitarras como para los seguratarras siguen siendo de enorme importancia estas tradiciones.

Ahora bien, no bastan estas semejanzas para explicar el arraigo centenario de las manifestaciones pascuales en Segura y Hondarribia. Creo que antes habría que ahondar algo más en las razones de su atractivo y fama. A nuestro entender, hay tres aspectos que merecen una reflexión detenida, y son éstos:

1. La gran importancia que para los habitantes de los pueblos han tenido las celebraciones de Semana Santa se basa en que a través de ellas, participando de una u otra forma toda la comunidad, han llegado a identificarse hasta considerar el fenómeno propio, peculiar e imprescindible como expresión de una idiosincrasia.

2. Hondarribia vio a finales del siglo pasado y principios del presente cómo el turismo, creciente a uno y otro lado de la frontera desde la implantación de la moda de los terapéuticos «baños de mar», transformaba su fisonomía. En menor medida influyó todo esto en Segura, situada en el interior lejos de las rutas tradicionales, y de aquí que su atractivo sea menor en el contexto de la búsqueda del «tipismo de guía», tan en boga en nuestros días.

3. No podemos establecer que los elementos en sí mismos, como los romanos, los santos o el barroquismo de sus pasos hayan sido motivos fundamentales para su fama, pues también se dan en otras poblaciones de la provincia (como por ejemplo Azkoitia) y, sin embargo, carecen de su prestigio. Creo sinceramente que mucho tienen que decir con el renombre actual de ambas procesiones, y en especial la de Segura, la influencia de los medios de comunicación, ávidos de llenar páginas con textos e ilustraciones de actualidad, en los que destaque sobre la homogeneidad de nuestras expresiones

colectivas lo «original», y con mayor énfasis si es rancio, vetusto, perenne, pues asegura la admiración del hombre de la urbe acosado por los valores de ultramodernidad y novedad constante.

Aportaré dos datos al respecto: tengo la costumbre de coleccionar los recortes de prensa con aquellos artículos que tratan sobre aspectos etnográficos o históricos de mi tierra. Pues bien, una mirada superficial de las carpetas de Semana Santa en Guipúzcoa revela que todos los años, todos, los periódicos que se editan en ésta han tratado ampliamente los rituales de Segura y de Hondarribia. Y segundo ejemplo: hace unos años, investigando sobre los Carnavales de Guipúzcoa, descubrí un baile propio de esas fechas llamado «Txino-danza» o baile del chino en la población guipuzcoana de Aretxabaleta, del que nada había leído hasta esa fecha. En mis siguientes conferencias y entrevistas lo cité profusamente en tanto que vestigio sin equivalente de los carnavales rurales del pasado. Pues bien, sin querer adjudicarme ningún mérito (casi diría lo contrario, porque aún me arrepiento de ser en parte responsable de su «profanación»), desde entonces la prensa cada año al repasar las convocatorias más intere-

santes del carnaval menciona indefectiblemente la «Txino-danza» de Aretxabaleta como gran atractivo para el excursionista. Una vez más, los «mass-media» han actuado cual enorme caja de resonancia, que destruye o magnifica cuanto toca (y a menudo lo uno y lo otro a la vez).

Para terminar, una última consideración. La actual tendencia al laicismo, el abandono masivo de las prácticas religiosas, han hecho que los actos en estas villas con el tiempo hayan pasado de ser «de participación mayoritaria» a espectáculos de exhibición para los «mirones». Esto, unido a la irrupción también en estos actos de los signos de la sociedad técnica, llámense cámaras de fotos y de vídeo, automóviles u otros, produce un cierto estado de desasosiego entre los actores del rito que, participando con móviles de devoción, se sienten animales de zoo escudriñados a través de una invisible mampara de cristal.

Una vez más, vemos la imperiosa necesidad de que los investigadores recojamos, en la medida de nuestras posibilidades, los restos de los rituales religiosos populares que, como agua que se nos escapa entre los dedos, está desapareciendo o transformándose en el mejor de los casos a marchas forzadas.

NARRIA

estudios de artes y costumbres populares

**Edita: Museo de Artes y Tradiciones Populares
Facultad de Filosofía y Letras
U.A.M.**

Si desea suscribirse, rellene los siguientes datos:

Apellidos Nombre

Dirección

Localidad Teléfono

FORMA DE PAGO:

- Contra reembolso
- Cheque nominativo
- Transferencia

El precio de cada número doble será de: **500 ptas.**

SUCRIPCIÓN POR UN AÑO: **1.000 ptas.**